

FERNANDO MUÑOZ C.

**MARCO MARTOS, POETA AMADO POR LAS
HIJAS DE MNEMOSYNE***

A Marco lo conocí y empecé a tratarlo en las aulas de la Universidad de San Marcos. Fue con ocasión de un examen de admisión, a mediados de la década de los noventa del siglo pasado, que tuve la oportunidad de compartir trabajo académico con respecto a preguntas de comprensión de lectura. Él era ya por esos años un renombrado docente de Literatura y poeta consagrado, y yo un joven profesor de Filosofía y por ende admirador de los auténticos poetas.

Nuestros temperamentos norteños y su sencillez y amabilidad facilitaron nuestro acercamiento, que no se ha interrumpido hasta la fecha. Así se desarrolló una amistad en torno a la magia de las palabras y las respuestas ante las preocupaciones más profundas que se formulan los seres humanos como son el sentido de nuestra existencia, el amor, la muerte, la inspiración poética, entre otros. Inquietudes que él ha sabido responder en diversos poemas.

Por esta razón, quisiera compartir con ustedes una sucinta revisión de su obra poética, además de no haber mejor homenaje

* Este texto fue leído en la “Mesa Redonda en homenaje a Marco Martos”, que se realizó en la edición 20 de la Feria Internacional del Libro de Lima, el 28 de julio de 2015.

para un poeta o escritor que acercarse a su obra, escuchar lo que ha dicho y pensar lo que nos comunica en metáforas o símbolos arrebatados en el momento de la inspiración. Ese momento de la *μανία*/locura, la llamaban los griegos, el estar fuera-de-sí en el que las palabras fluyen a borbotones y donde todo se ofrece como la expresión más cercana, más exacta, más sencilla.

Desde la aparición de *Casa nuestra* en 1965 hasta las más recientes publicaciones tituladas *Laberinto de amor*, *Caligrafía china*, aparecidas en el 2014 (y en esta feria dentro de un momento nos regalará su última publicación que ha titulado *Máscaras de Roma*), ha sumado más de veinte manuscritos, que reunió y publicó en el año 2012 como *Poesía Junta*, en dos volúmenes. Han sido, no cabe duda, años de fructífera labor en los que Marco ha cumplido lo que prometiera en memoria de su madre, realizar sus propósitos con trabajo y dedicación, haciendo de la palabra el instrumento de expresión de sus sentimientos y especulaciones más variados, particularmente sobre el sentido de la vida. Palabra que gracias al ajedrez que practicó con dedicación sólo hasta los veinticinco años ha cuidado de manejar con mucha exactitud, puesto que “ajedrez y poesía —reconoce el poeta— son porciones de una divina matemática y una divina gramática: la exactitud del orden de las jugadas y la exactitud del orden de las palabras” [Vid. *Poesía Junta*. II, p. 15].

La poesía de Marco Martos desde el principio ha sido espontánea. Desde su mismo ser y no siguiendo las teorías o tendencias literarias vigentes del momento, ha dicho lo que sentía y pensaba. En «Contra Critias» de *Casa nuestra*, su primer poemario dice: «Cojo la pluma y digo / lo que me viene a la lengua / lo que siento de adentro / lo que nadie me dicta [...] Cojo la pluma y digo / y me río de los que piensan / que debí decir otras palabras [...]

De mi también se ríen / pero algo hay que hacer / para evitar el suicidio / la muerte de mi mesa / mi pluma colgada» [Vid. Ob. cit. I, p.35]. Y lo que quiere decir lo dirá en poemas, pues «La poesía dice lo que dice / y no dice cosa diversa en sentido / que aquello que lees en su esencia / en la entrelínea donde hallas / lo verdadero. / La poesía no es moneda vocinglera / que se vende en los mercados y las plazas, / tiene algo de jeroglífico, verdad, / sobre piedra eterna / para que la descifren / los que la aman [...] La poesía es la verdad de a puño / o esa misteriosa y a veces mentirosa / que apenas se dice con palabras. / Es caverna oscurísima / y la luz radiante de la mañana» [En «Imágenes de la poesía» de *Vespertilio*. Vid. Ob. cit. II, p. 462].

Sus palabras, espontáneas —como buen norteño— e inspiradas —como poeta poseído— fluirán en la soledad propicia y necesaria para la creación, aunque a muchos esto incomode acostumbrados al bullicio y la naturaleza gregaria que tenemos; así desde joven reconoce en «Torre de marfil» de *Casa nuestra* que «Torre de marfil. / Me encierro en el silencio / o en los amores primaverales. / Soy un egoísta / y me da vergüenza confesarlo. / No puedo cantar al pueblo. / Los domingos siento náuseas / en la plaza. / Me repelen / las faldas de colorines, / las butifarras, los anticuchos, / las glorias nacionales. / Soy un egoísta / y puedo suicidarme. / No he leído a Sartre» [Vid. Ob. cit. I, p. 37]. «No he leído a Sartre», confiesa el joven poeta, como si fuese una gran falta que alguien de su edad y que frecuenta los ambientes universitarios en la década de los sesenta, no esté informado de las teorías que expone el célebre existencialista-marxista francés, guía espiritual de la rebelde juventud europea y particularmente francesa de aquellos años.

Con el transcurrir del tiempo y ya más jugado y «fecundo en ardidés» —como alguna vez lo llamara el poeta Hildebrando Pérez— reiterará este sentimiento pero sin mayor remordimiento, comprendiendo que la verdadera sabiduría se hace en soledad y más aún cuando la sociedad es caótica y enfermiza. En «Zona de neblina» de *Biblioteca del mar* escribe: «Vivo mejor en zona de neblina, / lejos de los contornos definidos, / de las calles con flujo de la gente, / de los cafés colmados de humaredas. / Ahí adivino la estructura de toda sombra [...] / Ahí amo más a la gente, en los sueños» [Ob. cit. II, p. 561].

Así el poeta, a lo largo de estos años, a pesar de sus múltiples ocupaciones como profesor o autoridad universitaria y académica, se ha hecho un lugar especial —en medio del bullicio—, su torre de marfil, para permitir que sus palabras fluyan como un torrente sobre el torrente de la vida, en palabras ordenadas en poesía que, sin embargo nunca superarán al vivir mismo. Por eso, en «En las arenas de Homero», se remonta al mundo antiguo de los griegos, para remarcar la importancia y vigencia del poeta / *αοιδός* que al igual que la palabra trasciende a la terrible muerte, en la búsqueda de la «poesía más escondida / y si acaso la encontramos/ no cesemos de buscar / Porque cambia con el tiempo / y es la misma en lo secreto. / Ésta es la sabiduría: / la palabra se semeja al hombre, / es el hombre en el tiempo [...] No acaba con la muerte, / la sucede y queda en el aire, / como quedó Homero» [Ob. cit. II, p. 422].

Y como toda buena poesía —y la que ha escrito Marco Martos es muy buena y quedará como la de Homero—, gira en torno a nuestra efímera existencia. En «Lo perdido» de *Biblioteca del mar*, el poeta dice: «Para sufrir y meditar hemos nacido, / lo otro es baile y bostezo / o carcajada o pleito / o lumbre que nace

de la risa de los niños. / Queremos olvidar lo sombrío / que llevamos en la médula / de los huesos, mantener / ondeando las banderas de la existencia / en el crepúsculo del hombre / y de sus dioses desconocidos [...] ¿Mata la poesía o da vida? Los valetudinarios / juegan como niños, están en sus vísperas / y anhelan lo perdido» [Ob. cit. II, p.548]. Sin embargo, el poeta es consciente de los límites de su oficio y quehacer; y así lo reconoce en «Un grito» de *Biblioteca del mar* cuando verso a verso, calculadamente como buen ajedrecista, puntualmente señala: «Te atrae la Poesía, / pero es la vida / la que te arrastra / en su torrente. / En ese vacío, / en el centro del remolino/ nadan y vuelan / las palabras / agónicas. / En ese trance, / tasajeadas de horror, / gritas, / y tal vez / ese ruido / sea lo último / que quede / y lo llamarán Poesía / los estudiosos / sentados en las bibliotecas, / ¡tan cómodos!» [Ob. cit. II, p. 497].

Los libros jamás superarán a la vida y sus propias vivencias; de éstas no hay más hermosas, profundas e inexplicables como las amorosas, y Marco no en vano sobre este sentimiento misterioso e indescifrable ha escrito bellos poemas que ha reunido con el título de *Laberinto de amor* (2014). En uno de ellos, que se titula «Viejo poeta», el inspirado mortal reconoce que, «Consultado el poeta, / cabalmente elusivo, / declara con voz cansina / que todo amor es apócrifo / y cualquier verso que lo celebre, / vano esfuerzo / que no conmueve / a los dioses» [Vid. Ob. cit. pp. 38-39].

Quizá, por es razón, los libros se redactan de día, «en las noches / dejas tu uniforme de poeta, / [admite Marco Martos] te transformas en murciélago, / vuelas, ciego/ orientado por la risa cantarina / de una muchacha, / vas directo al cuello / o a su corazón» [En «Vespertilio» de *Vespertilio*. Vid. Ob. cit. II, p. 473]. Y más explícito aún, exige «¡Que no llegue el alba!, / ¡que no llegue! / Que el vigía la detenga, / que la noche / entre tus brazos /

sea eterna / ¡Oh adorada!» [En «Canción Provenzal» de *Vespertilio*. Vid. Ob. cit. II, p. 491].

Permanecer junto a la amada es lo más delicioso, real y sensato que podamos hacer los efímeros mortales, así lo aconsejan los más sabios como el poeta Li Po de la legendaria China, a quien el poeta peruano descifra su mensaje perennizado en la encantadora caligrafía de sus ancestros y nos dice: «¡Qué delicia! / La acompasada respiración de tus pechos / en la cálida noche del verano, / el fulgor de la luna solitaria en la bóveda celeste, / el rápido subir de las nubes / a las cumbres de la montaña, / y tus ojos negros, dama Lu, rasmillones de luz / en la oscuridad de los árboles, / y tu risa de pájaro anunciando los comienzos / de la eternidad en la tierra, / ¡qué delicia!» [En «Li Po, anonadado» de *Caligrafía China*. Vid. *Laberinto de amor*. p. 94].

A su vez, los libros que recogen y perennizan las palabras dichas, nunca podrán aprehender a la vida en su total misterio, de ahí que «infinitos libros tiene la biblioteca del mar, / manuscritos por la mano de Dios / el día de su mayor bondad, /...¿Quiénes pueden leer / la biblioteca del mar? / No muchos, ciertamente. / Demasiados la han mirado / sin verla. /...Dios mismo / escribió en etrusco / la biblioteca del mar / y dijo en hebreo / que era muy bella, / lo más hermoso de su invención. / Nos queda un lenguaje líquido / que nos inunda de luz / y de perplejidad» [En «Biblioteca del mar» de *Biblioteca del mar*. Vid. Ob. cit. II, p. 580-582], sentencia el poeta, el auténtico *ἀοιδός*, amado por las hijas de Mnemosyne.

Además, la vida es breve nos recuerda en “Carpe diem, escribe Horacio”, que pertenece a su último poemario *Máscaras de Roma*, «Nunca pretendas saber / lo que el destino tiene para ti / en

el futuro, / ni el número de inviernos / que los dioses te asignaron / en el momento que viste por primera vez / la luz del día /...Vive el día de hoy. Hazlo tuyo / No te fíes del mañana desconocido». Disfrutemos el presente, pues no solo es efímero, sino que, «[...] ¿de qué sirve la vida si nunca acabamos lo que queremos?» [Vid. Ob. cit. p. 109].

Después de leer sus poemas y citar algunos de ellos, podemos afirmar que Marco Martos se equivoca cuando señala que es poeta “porque eso creen los lectores...y que alguna voz de aliento de alguno que me da luces sobre mi propia poesía, que me transforma y me impulsa a seguir escribiendo” [Vid. Ob. cit. II, p.457]; lo es por derecho propio y divino a quien le reconoce su especial lugar y con quien guarda especial vínculo como se deja ver en sus versos, que esperamos no sean los últimos.

Correspondencia:

Fernando Muñoz C.

Docente del Departamento Académico de Filosofía de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: fermuz_c@yahoo.es